

# Fanáticos manipulables y pantallas embrutecedoras: el deporte en tres novelas de Horacio Castellanos Moya

*Alejandro Lámbarry*

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

**Resumen:** Queremos mostrar en este artículo que el deporte sirve como herramienta de la élite política para mantener el *statu quo* de una sociedad desigual, a la vez que como símbolo y herramienta de una sociedad moderna hipervigilada. Esto lo estudiamos mediante tres novelas del escritor hondureño Horacio Castellanos Moya: *El asco*, *Thomas Bernhard en San Salvador*, *Desmoronamiento* y *Moronga*. Nuestro objetivo es, por un lado, profundizar en la discusión del deporte en relación con lo social y, sobre todo, ahondar en la complejidad conceptual y temática de la narrativa de Castellanos Moya desde un elemento que no se ha estudiado como lo es el deporte.

**Palabras clave:** Castellanos Moya – Deporte – Literatura centroamericana.

La idea del deporte como una forma de embrutecer al pueblo, de mantenerlo feliz, contento, distraído de los verdaderos problemas, es antigua (“pan y circo”) y a la vez vigente. En la segunda mitad de siglo XX, una época de revolución, de cambios políticos, de sacrificios, el fútbol entró en el mismo imaginario de la religión, como el opio que embrutecía y alienaba a las conciencias populares.<sup>1</sup> Esta tesis se ha visto refutada en el terreno de las ciencias sociales (Roberto da Matta, Pablo Alabarces, Eduardo Archetti) apoyándose en ideas como: la carnavalización y el empoderamiento de clases populares mediante construcciones

---

<sup>1</sup> Así lo escribe Pablo Alabarces en *Historia mínima del fútbol en América Latina*: “En medio del dolor y la represión de las dictaduras, el fútbol funcionó a veces como un espacio de liberación. Por supuesto, esto supone contraria la tesis del ‘opio moderno de los pueblos’, que cundió entre los sectores intelectuales desde finales de los años sesenta en el subcontinente; según dicha tesis, el fútbol aparecía como sucedáneo de la religión a la hora de embrutecer y alienar las conciencias populares. Gracias al fútbol, se afirmaba, los públicos distraían su atención de lo realmente importante –la explotación, el totalitarismo– para ocuparse de banalidades tan enormes como los goles de Pelé o Maradona” (Alabarces 239).

identitarias antielitistas. En este trabajo nos interesa ver la manera en que Horacio Castellanos Moya abordó este mismo tema en sus novelas *El asco*, *Thomas Bernhard en San Salvador*, *Desmoronamiento* y *Moronga*. Nuestra tesis central en relación con este tratamiento literario del tema es que la idea del deporte como opio embrutecedor del pueblo ha servido como una herramienta de la élite centroamericana conservadora para perpetuar el *statu quo* político/social, hasta convertirse, en la última novela del autor, en una suerte de símbolo y de herramienta de la sociedad moderna hipervigilada como lo es la de los Estados Unidos de América.

Cierta crítica nacional sostiene que la obra de Castellanos Moya es una literatura antipatriótica, una literatura de la violencia, una estética del cinismo. La literatura antipatriótica es aquella que, según Bernat Castany, cuestiona y critica la función discursiva de la literatura como creadora de imaginarios e identidades unificadores. Castany identifica esta voz que subvierte discursos y símbolos nacionalistas en la novela *El asco*, *Thomas Bernhard en San Salvador*. Esta afirmación la apoyaría el propio Castellanos Moya con comentarios como el siguiente: “el hecho de nacer en países pequeños y medio tardos siempre nos ha planteado el reto de romper las estrechas fronteras físicas y mentales que nos constriñen, que nuestra condición marginal o periférica despierta una sed de universalidad” (*La metamorfosis del sabueso...* 27). Por otra parte, Beatriz Cortez define la estética del cinismo como “una sensibilidad del desencanto que va ligada a una producción cultural” (23) y también como “una forma estética, (que) provee al sujeto una guía para sobrevivir en un contexto social minado por el legado de violencia de la guerra y por la pérdida de una forma concreta de liderazgo” (27). Cortez se centra en la literatura centroamericana de posguerra, la de una generación escéptica frente a ambos bandos, militares y guerrilleros, que produce una literatura con una distancia crítica y un franco rechazo ante los discursos utópicos. En palabras del propio Castellanos Moya, en esta literatura “no había buenos ni malos, ni razón histórica de respaldo: la violencia campeaba desnuda de ideologías” (*La metamorfosis del sabueso...* 29). La violencia, que antes podría haberse justificado con una ideología revolucionaria o conservadora, se perpetúa en una sociedad que no concreta un proyecto político igualitario ni la formación de “vínculos solidarios necesarios para la construcción ciudadana” (Buska 9-10). Por último, en su tesis doctoral Marissa Gálvez Cuen estudia la obra de Castellanos Moya como una literatura de la violencia en la que el habla “vuelve a poner en cuestión el cómo operan los discursos de la violencia en la propagación o concientización de ésta. De alguna manera u otra, la violencia manifiesta en el lenguaje con que son relatadas estas ficciones se posiciona como una crítica a los proyectos sociopolíticos pasados y presentes, a las acciones de apropiación y resemantización de testimonios sobre la lucha armada y a la normalización de una cultura de terror y criminalidad” (325).

Creemos, al igual que Castany, Cortez y Gálvez Cuen, que la literatura de Castellanos Moya mantiene una distancia crítica frente a los discursos nacionalistas y las representaciones ideológicas de ambos bandos políticos; se trata igualmente de una literatura cuya temática y cuyo lenguaje están mediados por la violencia y el cinismo. No

obstante, esta crítica y esta distancia no significan indiferencia o conservadurismo. Su narrativa es sumamente comprometida, va contra el *statu quo* de una sociedad conservadora y clasista. Esto es lo que deseamos mostrar en el análisis del presente trabajo.

Mencionamos al inicio que existía una visión que ligaba al fútbol como el opio del pueblo. En *El asco...* Castellanos Moya presenta a un narrador, Edgardo Vega, que comparte el mismo imaginario deporte-opio desde una posición de élite cultural conservadora. Tenemos, de esta manera, que la visión del “pan y circo” se da por igual en grupos políticos de izquierda o de derecha. Para Edgardo Vega, El Salvador es un país irredimible del que solo queda escapar; su mayor problema es racial, sanguíneo, genético: los salvadoreños, solo por el hecho de serlo, no podrán nunca desarrollar una sociedad igualitaria, justa ni, sobre todo, de buen gusto artístico. Esta visión, que raya en el fascismo, ataca por igual a la comida, la geografía, las clases ricas y las pobres, pero, sobre todo, ataca a la clase media y el deporte.

La principal preocupación intelectual de mi hermano es el fútbol, Moya, puede hablar horas y horas sobre equipos y jugadores del fútbol nacional... No hay nada que me resulte más detestable que los deportes, Moya, nada me parece más aburrido y estupidizante que los deportes, pero sobre todo el fútbol nacional, Moya, no entiendo cómo mi hermano puede dar la vida por veintidós subalimentados con sus facultades mentales restringidas que corren detrás de una pelota, sólo un tipo como mi hermano puede emocionarse hasta el infarto con los trompicones de veintidós subalimentados que corren tras una pelota haciendo galas de sus restringidas facultades mentales, sólo alguien como mi hermano puede tener como principales pasiones la cerrajería y un equipo de subalimentados y restringidos mentales (44).

Destaca en este comentario de Vega el hecho de que el fanático del fútbol tiene capacidades mentales fallidas. Esta falla se ve reforzada por el hecho de que ver un partido de fútbol afecta de manera negativa dichas facultades, entrando así en un círculo vicioso: la predisposición a la estulticia se intensifica con las actividades que realiza. Tenemos también un ataque a los deportistas, de quienes resalta su pobreza y su estupidez. Estos futbolistas no pueden ni alimentarse adecuadamente, deben ejercitarse con hambre, y eso, además del propio deporte, enfatiza su estupidez. El narrador es cínico y antinacionalista; cumple así las hipótesis de Castany y Cortez. Se trata, no obstante, de la voz narrativa de una sola de sus novelas, la que tuvo mayor éxito en El Salvador. Veremos la manera en que este cinismo y este antinacionalismo cambian en su novela *Desmoronamiento*. Para ello, sin embargo, es necesario revisar brevemente la representación y la historia del fútbol en América Latina.

El fútbol moderno tiene siete características principales de acuerdo con Pablo Alabarces: secularismo, igualdad, burocratización, especialización, racionalización, cuantificación, obsesión por los récords. No hay en él factores mágicos ni religiosos, la competencia mitiga los niveles de violencia y educa a los competidores en el juego justo y en la práctica corporal. Se trata de una práctica que utiliza por igual la ciencia, al cuantificar y medir los resultados, y las humanidades, al traducir y recordar las hazañas. Su legitimidad se da, finalmente, desde las instituciones. Son éstas las que dirrimen los atercados y disensiones entre los competidores por medio de las decisiones arbitrarles; son ellas las que controlan el registro histórico, y por ende la creación de leyendas, mitos, récords; son las mismas instituciones las que permitirán el acceso de jugadores profesionales, la difusión masiva del deporte y la organización de competencias transnacionales que serán vitales para la creación de una identidad nacional. Las instituciones crean una idea civilizatoria, de progreso, de orden, en el deporte.

Tenemos, de esta manera, un modelo de sociedad ideal que no tardó en difundirse en los países latinoamericanos siguiendo un mismo patrón: las élites locales imitaron el modelo futbolístico de los comerciantes de países imperialistas que llegaban a sus costas para después imponerlo a las clases trabajadoras, esto con el fin de que fueran mejores ciudadanos y mejores trabajadores. Fue aquí, sin embargo, donde ocurrió uno de los cambios más importantes. Las clases populares adoptaron el fútbol y en poco tiempo le dieron un giro drástico al convertirlo en una actividad profesional; con ello dieron cabida a dos grandes narraciones: la del ascenso social por el mérito deportivo y la de las identidades populares en oposición a las impuestas desde afuera. De esta manera vemos el surgimiento, por ejemplo, de la narrativa del jugador argentino, que es habilidoso, opuesto al inglés, que es esquemático;<sup>2</sup> incluso en el caso del fútbol uruguayo el símbolo diferenciador de la garra charrúa proviene de un grupo de indígenas que habían sido ya exterminados en ese país. Lo importante, sin embargo, es que las comunidades populares y más tarde las nacionales crean y se reconocen en narraciones que los empoderan. La mezcla racial y el mito del brasileño mulato hubiera sido imposible sin el fútbol.<sup>3</sup> En el mundial del 78 en Argentina, los festejos en las calles por la victoria del país anfitrión

---

<sup>2</sup> Archetti escribe al respecto: “Dribbling, an expression of the body would become a manifestation of the essential *criollo* character. Dribbling expresses the wily and crafty *criollo* as opposed to the artless British... the British are cold and mathematical and, for that reason, play ‘learned’ soccer. In contrast River Plate players, who are warm and improvisers, play an ‘inspired’ soccer” (420). Esta narrativa da pie al surgimiento de dos hechos fundacionales del fútbol argentino, el primero tiene que ver con su origen inglés, en tanto que práctica de un deporte con una técnica primitiva pero con un código ético estricto, y otro origen criollo, donde se expresa la identidad argentina.

<sup>3</sup> Esta es la narrativa de Mário Filho, quien en 1964, después de que Brasil repitiera el título de campeón escribió: “Brasil ha construido su democracia racial gracias al fútbol” (cit. en Alabarces 213). Los héroes nacionales eran Friedenreich y Leônidas, Pelé y Garrincha.

fueron las únicas actividades grupales espontáneas que se permitieron durante la dictadura.<sup>4</sup>

En ese contexto, entendemos los dos partidos disputados entre El Salvador y Honduras en 1969, como un hecho claramente violento, una lucha entre dos naciones vecinas en la que está en disputa la clasificación a la Copa del Mundo de 1970, celebrada en México. El Mundial sería el reconocimiento internacional de países que ingresaron tarde y con dificultad al fútbol profesional debido a que “las condiciones de vida de las clases populares seguían siendo decididamente paupérrimas” (Alabarces 142) y a que en países como Guatemala “el mundo indígena... jamás fue incorporado a la práctica deportiva” (145). El elemento innovador y revolucionario de las clases populares empoderadas no surgió sino hasta muy tarde en Centroamérica, como lo sugiere Castellanos Moya en *El asco...: con jugadores famélicos y subalimentados*. Hay una gran carga ideológica en juego, que es el orgullo nacional, y una violencia que se canaliza, no obstante, en el desgaste físico y la disciplina deportiva.

Frente a este hecho deportivo, tenemos en *Desmoronamiento* dos voces narrativas que se expresan en un género epistolar, la del adinerado líder del partido conservador de Honduras y la de su hija. Es muy importante reconocer que estas voces de la familia Mira Brossa corresponden a la élite y que, por lo mismo, existe una distancia entre ellos y los personajes de los fanáticos y los deportistas. Es en esta distancia donde se juega la crítica. En una de las cartas que le escribe Teti a su padre, ella le narra los sucesos ocurridos durante y después del primer partido el domingo 8 de junio, la derrota de El Salvador en Honduras. A los fanáticos salvadoreños los califica de “turbas” capaces de un linchamiento y que se dejan manipular fácilmente: “me parece una imbecilidad que por un juego deportivo dos países se peleen” (74). Una semana después le tocó a Honduras viajar a San Salvador. El equipo y sus directivos tuvieron que encerrarse en el hotel bajo un fuerte operativo de seguridad de la policía; durante toda la noche tocaron los mariachis para imposibilitarles dormir. En ese momento, Teti recuerda que a su padre no le gusta este deporte y que la única vez que le interesó fue cuando trabajó al lado de la United Fruit Company: “usted convenció a los gringos de la compañía de que construyeran canchas y formaran equipos para evitar que los jornaleros se pasaran el domingo bebiendo guaro y matándose a machetazos en los estancos. Entonces entendí que es un deporte para pencos y bestias” (85). Si bien las élites implantaron el fútbol como práctica educadora, ellos fueron los primeros jugadores y fanáticos del deporte; es necesario recordar que fue hasta varios años después cuando las clases populares pudieron formar sus propios equipos y, eventualmente, desplazaron a los otros. El comentario de Teti crea una frontera tajante entre los civilizadores y las bestias, entre aquellos que quisieron

---

<sup>4</sup> “Lo mismo podría decirse de las celebraciones populares en la Argentina de 1978: fueron las únicas veces en que se pudieron ocupar las calles, en medio del terror dictatorial, celebrando un triunfo deportivo que no incluía a los opresores -las movilizaciones porteñas evitaron pisar la Plaza de Mayo, el centro político del país, a donde concurrían habitualmente las manifestaciones políticas populares-. Los aficionados celebraban a sus jugadores, no a sus dictadores” (Alabarces 249).

educar y los que no pudieron ser educados. La cercanía entre el padre y los “gringos” de la United Fruit revela, de igual manera, la complicidad entre la política del país pequeño y las compañías internacionales, gracias a la cual se generó un gran capital monetario para estos mismos políticos y empresarios, en demérito de sus trabajadores.

El Salvador ganó el segundo partido y se clasificó para el Mundial. A pesar de ello, la violencia no decreció, sino que fue en aumento. Los jugadores hondureños debieron ser custodiados por policías en su camino al aeropuerto; los fanáticos de esta escuadra fueron atacados durante todo el trayecto, desde el estadio hasta la frontera: dos murieron, decenas fueron hospitalizados y fueron incendiados más de cien carros. Dos semanas después, Teti escribe una carta en la que dice sentirse “confundida, lastimada, enferma de tanta estupidez” (89). Se han roto relaciones diplomáticas entre los dos países y por lo mismo ella ha perdido su trabajo en la embajada hondureña. La guerra se nos describe mediante rumores. La familia de su esposo tiene un pasado de lucha guerrillera; su suegro vivió exiliado durante muchos años en Costa Rica. Esto lo sabemos, sin embargo, de manera velada, tangencial. Ni Teti ni el padre desarrollan ninguna de las ideas ni los hechos políticos que puedan explicar la guerra. Para ellos, la guerra se inició por el partido de fútbol, de tal manera que su posible solución podría ser un asunto personal. “Papito, me gustaría que usted fuera franco conmigo: ¿realmente puede haber una guerra? Sería horrible; yo no sé qué haríamos. Usted debe hacer todo lo posible por que eso no suceda; a usted lo escucha el presidente López Arellano y los demás miembros del gobierno. Prométamelo, por favor” (75). Tenemos una simplificación de los hechos que los explica con un claro maniqueísmo. Por un lado, los pencos y las bestias manipuladas por el fútbol y, por otro, los políticos bien intencionados pero incapaces no obstante de reprimir los instintos de la gente. “¿Cómo la gente puede enloquecer sin motivo alguno!” (72), exclama Teti.

La verdad es que los motivos de la llamada guerra del fútbol son muy claros y tienen que ver con un problema en la estructura social de ambos países.<sup>5</sup> En el reportaje de Ryszard Kapuscinski “La guerra del fútbol” tenemos la presentación de las dos versiones. Por un lado, la versión determinista que ve el problema en la raza y en el fútbol: “En América Latina... la frontera entre el fútbol y la política es extraordinariamente tenue. Es muy larga la lista de los gobiernos que cayeron o fueron derrocados por el ejército porque la selección nacional había sufrido una derrota” (185). Y también: “En toda Latinoamérica, los estadios cumplen esta doble función: en tiempos de paz sirven como terreno de juego, y en tiempos de crisis se convierten en campos de concentración” (193). Esta postura minimiza y subestima al fanático deportivo calificándolo de bruto y manipulable.<sup>6</sup> Kapuscinski no se queda, sin embargo, en esta interpretación. Al final de

---

<sup>5</sup> El mote de *guerra del fútbol* se lo dieron los cronistas Ryszard Kapuscinski y Bob Dicknes, quienes escribieron textos sobre el hecho. Sobre todo, Kapuscinski contribuyó para que se le conociera de esta manera, ya que así tituló su libro de reportajes publicado con gran éxito desde 1992 en lengua española.

<sup>6</sup> En realidad, lo mismo que Kapuscinski dice de América Latina podría decirse sobre la presencia de Hitler en los Juegos Olímpicos, de la reina Isabel II en el Mundial del 66, de los boicots a los Juegos

su reportaje escribe: “La verdadera causa de la guerra del fútbol radicaba en lo siguiente: El Salvador... tiene la densidad de población más alta del continente americano... El espacio es muy reducido, tanto más cuanto que la mayor parte de la tierra está en manos de catorce clanes de terratenientes” (209). Los campesinos sin tierra emigraron a Honduras. Sin embargo, las presiones internas en Honduras orillaron a la aplicación de la Reforma Agraria de 1962, en la que se dispone que la propiedad de la tierra pertenezca sólo a hondureños. Sin posibilidad de afectar a los latifundistas y sin intención aparente de afectar a la United Fruit Company, la cual fue acusada como instigadora del conflicto por El Salvador, las únicas tierras que el gobierno hondureño pudo repartir fueron las de los pequeños campesinos salvadoreños sin documentación adecuada (Gerstein 555-556). Trescientos mil salvadoreños se quedaron sin tierras y sin país, ya que El Salvador se negó a acogerlos. Esa fue la mecha que inició la guerra: élites acaparadoras, latifundistas y sumisas ante el capital extranjero. Esto es justamente lo que oculta el discurso del fútbol como opio del pueblo.

Antes de que iniciara la guerra del Fútbol, Teti contrajo matrimonio con un salvadoreño en contra de la aprobación de su madre, quien acusaba al marido de comunista. Como ya habíamos comentado, descubrimos mediante indirectas que la familia del marido sufrió una persecución y posible represión por sus ideas de izquierda. La preocupación principal de la madre de Teti y esposa del abogado, Doña Lena, con este matrimonio es el hecho de perder su estatuto social y el respeto de las élites, su lectura es por lo tanto política; su interés nos es la felicidad ni la vida afectiva de su hija. Descubrimos después que esta lectura resulta atinada, ya que, en el segundo capítulo de la segunda parte de la novela, se narra el asesinato del marido. Teti pierde así su estatuto económico y social; se convierte en una madre soltera que debe trabajar para mantener a su hijo. Por último, es significativo que a la muerte de Doña Lena los descendientes se reparten sus propiedades y al empleado doméstico que la acompañó en sus últimos años le quedara una cabaña minúscula, donde vive toda su familia y a la que llama “GRANJA DOÑA LENA” (210). El *statu quo* permanece inamovible a la muerte de la matriarca; la familia conserva sus privilegios y al empleado se le otorga una pequeña propiedad como si se tratara de un regalo o un favor, y no el pago a su trabajo. El discurso hegemónico se encuentra tan asimilado que el empleado llama con el nombre de Doña Lena a su nueva propiedad.

En este sentido, la crítica de Castellanos Moya es contundente ya que permite una lectura de los prejuicios de la clase dominante<sup>7</sup> y otra más en la que es posible contrastar

---

Olimpícos realizados por Estados Unidos y la URSS, o para referir a la nacionalidad polaca de Kapuscinski, al problema que representó la Euorocopa de 2012 organizada entre ese país y Ucrania.

<sup>7</sup> Es la lectura que realiza Castany con la novela *El asco*... en su artículo “Literatura antipatriótica”: “Sin ser tampoco demasiado abundante, en Hispanoamérica nos hallamos con varias obras importantes que pueden ser adscritas a la tradición literaria antipatriótica. En El Salvador contamos con una novela de Horacio Castellanos Moya, titulada *El asco*, cuyo subtítulo, *Thomas Bernhard en Salvador*, es toda una

estos prejuicios con las acciones que mantienen esa misma estructura social tan desigual e injusta. *Desmoronamiento* realiza así una feroz crítica al discurso del fútbol en tanto que opio embrutecedor al sugerir que, en el caso de la guerra del fútbol, éste se utilizó para ocultar las verdaderas causas sociales que detonaron dicha guerra dando en cambio una explicación que culpabiliza incluso a las clases populares de los hechos violentos. La causa principal de la guerra no fue la ignorancia ni la vulnerabilidad de quienes son aparentemente manipulables, lo es la estructura social que encierra una gran desigualdad económica y política, y que mantiene a los oprimidos sin posibilidad alguna de mejoramiento.

Vayamos ahora a una crítica similar desarrollada en la última novela de Castellanos Moya, *Moronga*, publicada en 2018. Esta narra el recorrido de dos personajes salvadoreños en Estados Unidos. Uno de ellos es Erasmo Aragón, el nieto de Doña Lena en *Desmoronamiento*.<sup>8</sup> Erasmo es profesor en el Merlow College e investiga la vida de Roque Dalton con el fin de escribir una biografía sobre el poeta guerrillero. José Zeledón es un antiguo guerrillero que trabaja primero como conductor de un autobús escolar y luego en trabajos de espionaje para el *college* y la pequeña ciudad de Merlow. Nos interesa proponer una lectura centrada en el papel del deporte como metonimia del mundo reglamentado, distante y mediático que es los Estados Unidos.

Empecemos con el hecho de que el deporte aparece en casi todos los lugares para socializar, como son los bares y los restaurantes de Merlow City. Aragón comenta cuando sale de esa ciudad: “Un atmósfera relajada, sin los fastidiosos televisores en cada pared, como en Merlow College, donde no se podía comer fuera de casa sin ser acosado por una pantalla” (151). En otra ocasión: “Fuera de las pantallas de televisión que en este país lo persiguen a uno doquiera que se vaya, incluso en el Freddy’s, pero no en esos cuatro taburetes al fondo de la barra, donde yo permanecía a salvo de los programaras deportivos” (209). Y, finalmente: “aún había muchos comensales, varios de ellos atentos a las pantallas, que el deporte era el circo que jamás faltaba” (278). Por tanto, para socializar es necesario conocer los referentes deportivos del país. Así lo indica José Zerón cuando sale en sus primeras noches al O’Neill: “Jugaban los Steelers contra los Jets en Pittsburgh. Unos años atrás, en Honduras, había aprendido las reglas de ese deporte y ahora hasta podía disfrutarlos. Pero aún estaban en los preliminares del partido” (58). Es importante que Zerón conozca las reglas del fútbol americano, ya que se trata de un deporte nuevo, de un país al que ha emigrado. Descubrimos en el transcurso de la novela,

---

declaración de principios, ya que, como vimos, Thomas Bernhard es el principal representante de este tipo de corriente literaria” (7).

<sup>8</sup> Erasmo incluso recuerda en *Moronga* el hecho de que durante su infancia debió ocultar su nacionalidad hondureña debido a la guerra del fútbol: “la partida decía que yo había nacido en Honduras, el país enemigo, que la llamada ‘guerra del fútbol’ entre El Salvador y Honduras había tenido lugar apenas unos ocho meses antes” (182). Aquí Erasmo cobra cierta distancia con la explicación reduccionista al decir “la llamada” y poner guerra del fútbol entre comillas.



que José ha logrado integrarse a la sociedad estadounidense. En la vida social, en los bares, logra entender lo que pasa en las pantallas.

El deporte sucede en las pantallas, esto no significa que la pasión del fanático desaparezca. En una ocasión en la que Zerón llega al bar, transmiten un partido de hockey “entre los Admirals de Milwaukee y los Penguins de Pittsburgh” (82). Cuando uno de los equipos anota: “La algarabía estalló en el bar: aplausos, hurras, brindis” (83). Hay emoción y pasión deportivas, pero se da siempre mediada por un aparato tecnológico. Eso sucede una y otra vez. Cuando Zerón sale de Merlow City, entra a un bar y escribe: “Era oscuro, lleno de pantallas transmitiendo juegos deportivos, como cualquier otro bar” (101). En una de las escenas con mayor tensión –cuando Zerón sirve de apoyo al Viejo, en su encuentro con un vendedor de armas ilegales– un guatemalteco apodado Moronga entra en un restaurante mexicano para supervisar que no haya peligro y, al estudiar el lugar, observa: “Dos televisores empotrados en rincones altos transmitían un partido de fútbol de la liga mexicana” (123).

El deporte tiene una carga emotiva en el fanático y placentera en el conocedor. La característica principal es que aquí se establece una distancia entre el observador y el objeto observado, misma que le permite interactuar con las personas que están en el bar, apagar el televisor o levantarse y salir; esta distancia le permite a su vez entender que aquello que ve, además de ser un hecho emotivo, es sobre todo un juego, una escenificación; un mecanismo similar al que se activa en el/la lector/a de una novela cuando entiende que aquello que lee es una ficción. Linda Hutcheon relaciona estas dos ideas cuando aborda un tipo específico de la metaficción. “In using a game model, metafiction calls attention to a free creative activity (as in fantasy) within self-evolving rules, an activity that is the same in all fiction reading. The reader must either learn the code (that is, create it) or be unable to bring the fictive world into play” (82). Así como un narrador puede descubrir la cuarta pared, revelar el artificio con el cual construye una realidad imaginaria,<sup>9</sup> el artefacto tecnológico aporta esa posibilidad.

Este hecho se refuerza después, cuando leemos que las pantallas son omnipresentes. Tenemos aquellas que en los bares transmiten los partidos, pero en la ciudad y en todos los edificios, ya sea del *college* y luego del Archivo Nacional, hay pantallas que vigilan. Erasmo Aragón es consciente de este hecho. En Washington, mientras consulta el Archivo, piensa en “las numerosas cámaras en las que de seguro podían detectar cualquier mala intención en el rostro” (180), se dirige al baño, pero no encuentra privacidad: “Los baños estaban plagados de cámaras” (180). Luego recuerda su *college* y es exactamente lo mismo: “Los altos niveles de vigilancia con que a uno lo acosan para que uno no acose” (181). Y, finalmente: “me comporté como quien se sabe todo el tiempo vigilado, que ésa era la tónica de la nueva etapa de civilización a la que habíamos entrado,

---

<sup>9</sup> En palabras de Linda Hutcheon, un heterocosmo es “another cosmos, an ordered and harmonious system. This fictional universe is not an object of perception, but an effect to be experienced by the reader, an effect to be created by him and in him” (88).

los ojos fisgones y fiscalizadores en todas partes” (291). Esto no es paranoia de Aragón. En la primera parte de la novela, Zeledón es contratado, primero por la universidad y luego por una compañía privada, para vigilar los correos sospechosos de los miembros del *college* y revisar las cámaras que graban las calles principales de Merlow City.

Si los comensales de los bares logran socializar e interactuar de manera efectiva con las pantallas televisivas a un lado, cuando entramos al mundo de quienes espían detrás de las cámaras nos enfrentamos a los límites de la locura y la patología. “A mi izquierda se sentaba Steve, un tipo de expresión frenética, como si estuviese a punto de explotar... A mi derecha, Jeff, un larguirucho con barba de chivo, era más hablador, pero al igual que Steve lo hacía sin quitar la vista de la pantalla, sin dirigirse a nadie en especial” (110). Zeledón sale del trabajo sintiéndose “como zombi”. Recuerda que Amanda, una de sus compañeras de casa que sufre de un aparente daño mental, trabaja ahí mismo y se preocupa de que a él le suceda lo mismo. Los vigilantes confunden las dimensiones de la realidad al dejar de establecer conversaciones con sus colegas y hacerlo con las pantallas, como si aquellos que aparecieran en ellas fueran sus personajes y pudieran escucharlos. Se emocionan al ver a un conocido, lo siguen después para detectar si está o no borracho, si maneja su coche y, si es el caso, reportarlo a la policía. Hay así un mundo de la representación en la cual el observador puede modificar lo representado como si se tratara de un creador o un demiurgo. Pero, en lugar de empoderarlos, esta actividad los diezma, les afecta sus capacidades cognitivas.

El deporte, las emociones y las relaciones sociales están mediados por este artefacto que reproduce la realidad. Algunos personajes pueden interactuar de manera natural y positiva, pero para otros el mecanismo ha quedado vacío o se reproduce de manera infinita creando confusión y, posiblemente, un daño mental como el de Amanda. En palabras de Linda Hutcheon: “while the text demands that he acknowledges the fictive and linguistic artifact that is its universe, it also teaches and indeed compels him to respond ‘vitaly,’ to attribute human significance to the process of creating imaginary worlds in words” (117). Es decir, para que el juego se active debe existir, por un lado, la conciencia de que se trata de un juego y, por otro, e igualmente importante, un compromiso vital con el mismo, una respuesta activa. De otra manera, el juego pierde sentido, valor, realidad. En los lugares de sociabilización el deporte comunica una realidad con una gran carga emotiva para los aficionados y entretenida para quienes entienden las reglas. Si esta carga desaparece, si no hay más que la conciencia de que los jugadores en la pantalla son piezas que corren de manera irracional e intrascendente tras un balón, y que nosotros como personajes podemos ser otras piezas similares para aquellos que nos observan, la reproducción se vuelve un mecanismo abúlico, sin sentido, vacío. Ese es el riesgo y lo que está en juego en una sociedad como la que se desarrolla en la última novela de Castellanos Moya.

En conclusión, la relación entre del deporte y la literatura en la narrativa de Castellanos Moya permite realizar un recorrido conceptual que nos propone problemas sociales, políticos y humanos muy ligados al acto creativo. En la novela *El asco...* la élite

social centroamericana conservadora, representada en Vega, ataca la expresión social popular deportiva llamando a los deportistas subalimentados y estúpidos, y a los fanáticos igualmente ignorantes; mientras que en *Desmoronamiento* esa misma élite encuentra las razones de una guerra ocasionada por la gran desigualdad social, resultado del acaparamiento de las tierras y del capital por una pequeña oligarquía, en motivos futbolísticos, en el supuesto de que la turba se deja influir fácilmente porque es estúpida. El/la lector/a deben adquirir aquí una distancia crítica entre la voz narrativa y el acto narrado para entender la crítica mordaz de Castellanos Moya. Es esa misma distancia, pero ahora entre la realidad y la ficción, la que aporta la clave para entender el papel del deporte en Estados Unidos, una sociedad obsesionada con los modos de reproducción mediáticos, de manera que en los bares, las calles, el trabajo, hay pantallas que nos muestran realidades alternas reglamentadas (el deporte) o realidades que suceden de manera simultánea a nuestra observación (la vigilancia).<sup>10</sup> La distancia entre el espectador y lo representado debe ir acompañada de una respuesta vital y activa si no se quiere caer en una conciencia pura y cruda de una realidad que es la representación de otra realidad. Si la crítica sobre Castellanos Moya nos revela una literatura del desencanto y el cinismo, es importante agregar a estos dos conceptos el de una crítica mordaz e inteligente en torno a los prejuicios que mantienen las élites de sociedades económicamente desiguales, y a los símbolos y herramientas de una sociedad obsesionada con la representación mediática con fines de vigilancia y de supuesto entretenimiento.

#### OBRAS CITADAS

- Alabarces, Pablo. *Historia mínima del fútbol en América Latina*. México: El Colegio de México, 2018.
- Archetti, Eduardo. "Male Hybrids in the World of Soccer". *The Latin American Cultural Studies Reader*, Ana del Sarto, Alicia Ríos y Abril Trigo (eds.), Durham y Londres: Duke University Press, 2004, pp. 406-426.
- Castany Prado, Bernat. "Literatura antipatriótica", *Quimera*, N° 348, 2012, pp. 12-19.
- Cortez, Beatriz. *Estética del cinismo: pasión y desencanto en la narrativa centroamericana de la posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2009.
- Castellanos Moya, Horacio. *Desmoronamiento*. México: Tusquets Editores, 2006.
- . *El asco. Thomas Bernhard en San Salvador*. México: Tusquets Editores, 2007.
- . *Moronga*. México: Random House, 2018.

---

<sup>10</sup> En este sentido podemos entender la protesta del mariscal de campo de los 49ers de San Francisco, Colin Kaepernick, quien decidió hincarse durante el himno nacional. La respuesta de los políticos y dueños de los equipos fue de extrema violencia verbal y de represión, al punto de acabar con la carrera de este deportista. Otra protesta destacada fue la de los jugadores de la Asociación Nacional de Baloncesto (NBA) con el movimiento *Black Lives Matter*. En ambos casos, la realidad deportiva televisada se convirtió en incentivo, justificación y apoyo a movimientos sociales de búsqueda de igualdad y justicia racial.

- . *La metamorfosis del sabueso. Ensayos personales y otros textos*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2011.
- Gálvez Cuen, Marissa. *La violencia y sus expresiones en la narrativa guatemalteca y salvadoreña de la posguerra*. 2020. Universidad Autónoma de Puebla. Tesis doctoral.
- Gerstein, Jorge Arieh. "El conflicto entre Honduras y El Salvador: análisis de sus causas". *Foro Internacional*, Vol. XI, No. 4 (44), abril-junio 1971, pp. 552-568.
- Hutcheon, Linda. *Narcissistic Narrative. The Metafictional Paradox*. Ontario: Wilfrid Laurier University Press, 1980.
- Kapuscinski, Ryszard. *La guerra del fútbol y otros reportajes*. Barcelona: Anagrama, 2018.
- Matta, Roberto, ed. *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Rio de Janeiro: Pinakothek, 1982.